

de una abundante y compleja terminología, cuya función no es del todo muy clara. Al leerlo no podemos menos que recordar aquellas palabras de Eugenio d'Ors: "De los términos que maneja la filosofía no cabe en rigor dar definiciones; no cabe, desde luego, dar definiciones 'consumadas'" (*El secreto de la filosofía*, Barcelona, 1947, p. 47). Y estamos, por supuesto, de acuerdo con él en que "a cierta ambigüedad en ciertos términos no podemos, pues, renunciar" (*ibid.*, p. 68). López Quintas supone que el lector conoce la terminología según él la utiliza, pero difícilmente la conocerá si no ha leído sus obras anteriores (de ahí la subordinación del libro a los que antes mencioné). La constante referencia a sus estudios anteriores, lejos de resolver el problema, sólo confirman su existencia: "Dado que toda labor interpretativa, si ha de superar el estadio de elementales actitudes apologeticas o polémicas, debe ser realizada desde la atalaya de un pensamiento propio —pese a los riesgos de torsión que ello evidentemente implica— estimo no es impertinente remitir al lector a esta obra [*Metodología de lo suprasensible*] si desea entrar en conocimiento de las raíces en que se apoya la presente exposición" (p. 224). Este aspecto de la obra de López Quintas ya se ha criticado: "El nuevo vocabulario y las nuevas categorías ontológicas, tan marcadamente poéticas, necesitarían un paralelo con la filosofía clásica. La ausencia del mismo dificulta el itinerario y deja al lector sin puntos de referencia en las encrucijadas"².

Con todo, esta serie de ensayos no debe ser considerada como "un título más" para añadir a la ya extensa bibliografía sobre Ortega o a la incipiente sobre d'Ors, sino que supone una innovación en la metodología, y con su autor se puede afirmar que el libro "quiere contribuir a la decidida puesta en marcha de una forma de crítica filosófica eminentemente constructiva" (p. 151).

JOSÉ LUIS GÓMEZ-MARTÍNEZ

The University of Georgia.

AZORÍN, *Castilla*. Ed. de Juan Manuel Rozas. Labor, Barcelona, 1973; 220 pp. (*THM*, 21).

La edición de textos clásicos y medievales de la literatura española cuenta con una amplia y valiosa tradición, que ha ido estableciendo ciertos cánones que difícilmente pueden pasarse por alto, tanto en la elección del texto básico y sus problemas como respecto a la anotación que los hace accesibles al público de estudiosos y lectores cultos. Menos reguladas en sus características fundamentales resultan las ediciones de autores modernos y contemporáneos, en las que, sin embargo, se

² GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA, *Pensamiento español, 1966*, Madrid, 1968, p. 69. Sobre la polémica a que dio lugar su libro *Filosofía española contemporánea*, véase MANUEL PIZÁN, *Los hegelianos en España y otras notas críticas*, Madrid, 1973, pp. 35-47.

notan favorables cambios en la seriedad de las premisas de enfoque. En este sentido se singulariza la colección *Textos Hispánicos Modernos* publicada por Labor y puesta bajo la dirección de Francisco Rico. En ella sólo tienen cabida autores que vivieron entre el siglo XVIII y nuestros días, cuya edición se presta —de modo muy distinto que la de clásicos— a una presentación en la que se combinen armoniosamente la erudición y la aproximación personal e inmediata al texto, como ocurre con esta edición realizada por Rozas de *Castilla*, de Azorín. Es muy importante que el autor no se haya sentido obligado a empezar la "Introducción" con la biografía del autor (que el "curioso lector" puede encontrar, si desea saber algún dato, en los diccionarios o en los manuales de historia literaria), o con la historia de su producción literaria y que se haya centrado, desde la primera página en el libro elegido, poniendo muy significativamente como título de la "Introducción", "Azorín o la intrahistoria". Unas pocas páginas se dedican a la historia externa de *Castilla*, a su lugar primordial en la obra del autor, al carácter consagratorio del homenaje que se tributó a su autor en Aranjuez a poco de aparecido el libro (1913); se entra luego en el análisis del arte de Azorín, destacando los valores y sin omitir las limitaciones, crítica en sentido amplio, pero sin pequeñeces y sin dureza.

Del análisis del libro pone Rozas de manifiesto, en forma verdaderamente maestra, la unidad y la estructura, señalando cómo la aparente falta de trabazón de los capítulos constituye una construcción artística elaborada, en marcha progresiva desde la parte inicial, en la que el tema de los ferrocarriles le lleva a esa oposición cara al pensamiento de la generación del 98 —España, Europa— hasta la culminación, con el desarrollo de los conceptos unamuniano de la intrahistoria y nietzchiano del eterno retorno. Al mismo tiempo se pone de manifiesto cómo la falta de "imaginación creadora" de la que la obra de Azorín se resiente, le lleva en todo momento a la busca de apoyos —libros, lecturas— en una visión personalísima del mundo que lo rodeaba. Hay que convenir con el autor que *Castilla* es precisamente un ejemplo perfecto de cómo Azorín no sabe escribir sin anteojos; pero es un ejemplo egregio, pues aquí "...sabe hacer grandeza de su servidumbre" (p. 19).

Para su análisis, Rozas divide el libro en cuatro secciones, pero no son divisiones tajantes; se dan al mismo tiempo transiciones y nexos, se va paulatinamente del ensayo al cuento de imaginación, de tal manera que el todo no es una mera recopilación de artículos con un muy vago tema común, sino un conjunto unitario, a su vez temáticamente ligado con otras partes de la obra total de Azorín (véase "Apéndice", núms. 3-8). La estructura de *Castilla* surge convincente; no es una construcción teórica previa a la que el crítico ha amoldado la obra, sino que ha nacido de la materia analizada misma y se apoya en la certeza de que el autor eligió esa ordenación con perfecta conciencia de su arte y sus medios. Si bien el protagonista es en último término Castilla a través de la sensibilidad de Azorín y en consonancia con las preocupaciones sociales y artísticas de su época, hay también una serie de sub-protagonistas: "El viajero por España-Europa", "El héroe sin tragedia", "El hombre intrahistórico", "La humanidad",

y un gran ausente: el mar. Otras dos coordenadas ya mencionadas son también fundamentales, la intrahistoria y el eterno retorno, a los que hay que sumar la importancia de la emoción del tiempo en Azorín, "la emoción dolorosa y resignada de la mortalidad del hombre" (p. 60). En realidad lo que se contrapone en exquisitas páginas, sobre todo a partir del capítulo "Una ciudad y un balcón" hasta "La casa cerrada" —más en una serie de variaciones que en un crescendo— es la continuidad del mundo como representación y sensación renovada perennemente en el hombre, aunque él mismo sea transitorio y desaparezca dejando a otro en su lugar. En este sentido, el relato final marca una culminación, con la figura del ciego que recuerda y cuya sensibilidad reacciona ante lo que debiera ser visión, pero es sólo recuerdo, así como el paisaje y la obra que reflejan la vida de los hombres que las crearon subsisten cuando los que de ellas gozaron ya han muerto. Y Azorín ha elegido a Castilla como símbolo de esa perennidad o continuidad de la belleza que perdura cuando muere el hombre que se ha deleitado contemplándola.

En cuanto a la labor del editor, aparte del enfoque del prólogo que constituye un análisis ejemplar y verdaderamente orientador para el lector de una nueva generación, hay que destacar, por una parte, la bibliografía crítica sobre Azorín y la de las ediciones de *Castilla*, utilizada luego para la formulación de variantes; por otra, la anotación precisa, ceñida, verdaderamente significativa cuando hace falta, parca como corresponde a un texto moderno, en el que si el lector carece de conocimiento de ciertos términos usados por el autor, lo mejor que puede hacer en beneficio de su cultura general es recurrir al diccionario.

FRIDA WEBER DE KURLAT

Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas
"Dr. Amado Alonso".

DAVID HENN, C. J. Cela: "*La colmena*". Grant & Cutler-Tamesis Books, London, 1974; 80 pp. (*Critical Guides to Spanish Texts*, 11).

De los varios estudios de *La colmena* llegados a mi conocimiento, es éste el que, en corto número de páginas, logra dar una visión más clara y sintética de la obra, sin simplificarla más de lo indispensable para llenar su cometido de guiar hacia la comprensión de una novela difícil a los estudiosos de habla inglesa. Sin embargo, también reserva sorpresas a quienes la hemos leído ya varias veces con ánimo crítico. Implica un conocimiento puntual y asombroso del texto, en cuya explicación queda perfectamente ostensible esa precisión de "prodigioso mecanismo de relojería novelesca", que le atribuye Eugenio García de Nora (*Novela española contemporánea*, Madrid, 1970, p. 78).

Henn da importancia preponderante al análisis de la estructura (dicho esto en sentido tradicional) y lo realiza hábilmente, siguiendo paso a paso los seis capítulos y el "Final" del libro, pero explicando